

Los Rolling Stones cumplen medio siglo

Pablo Espinosa

La belleza nació en un sótano oscuro.

Primavera de 1971. Desde la mansión Nellcôte, que construyó en 1890 un banquero inglés, se observa majestuosa la bahía de Villefranche.

Las proporciones son magníficas, tanto que después de una noche tormentosa basta pasear alrededor de ese palacio para sentirse como nuevo.

Keith Richards, veintisiete años, delgado *in extremis*, alquiló ese lugar de ensueño en la Riviera francesa como refugio de lo que denominó “los poderes establecidos”.

Él y sus compañeros, The Rolling Stones, se exiliaron en Nellcôte, maltratados por “el sistema establecido”, la persecución fiscal y policiaca que los asediaba, su fama en ascenso, en el Reino Unido.

Ya había creado varias obras maestras, en los nueve años que tenían de llamarse The Rolling Stones, entre ellas: *Beggars Banquet*, *Let It Bleed*, *Sticky Fingers*, álbumes-piedras-de toque de Las Piedras Rodantes.

En el sótano de esa mansión sin embrujar todavía, habían de crear la magia de la mejor de sus obras completas: *Exile on Main St.* Ese disco, originalmente doble y en la versión remasterizada de aniversario, triple, es un sinónimo de Belleza.

La grabación de ese disco significó un parteaguas para el grupo. Su segundo periodo, el de maduración, inició en esas largas sesiones que iniciaban al anochecer y terminaban cuando empezaba la luz del día.

El sótano oscuro, maloliente, se llenó de cables, micrófonos, audífonos, consolas de audio y sobre todo de la música que Keith Richards imaginaba de día y procreaba de noche.

Como el tiempo está de su lado, al pasar de los años Sus Satanísimas Majestades, The Rolling Stones, no solamente siguen vivos, al menos tres de ellos, los fundadores, sino que este 2012 cumplen cincuenta años como grupo, el más importante, longevo, trascendente en la historia.

No en balde, mientras The Beatles se proclamaron “más famosos que Jesucristo”, The Rolling Stones se manifestaron como “la banda más grande del mundo”. Curiosamente, el último disco que grabaron, hace cinco años, lo titularon *A Bigger Bang*. Todavía más grande.

Y a pesar de que ya no graban discos, y en el futuro cercano no hay visos de que surja una nueva obra de su seno, y pese a que han preferido un sedentarismo momentáneo, luego de una sucesión impresionante de giras mundiales con estadios llenos, los Rolling Stones festejan su medio siglo a todo vapor.

Ya anunciaron la publicación de un libro conmemorativo y saldrá precisamente el 12 de julio de 2012, exactamente cincuenta años después de la noche en que se presentaron por vez primera, en un antrito de la Oxford Street, en la capital británica: el Marquee Club, el equivalente a La Caverna de Los Beatles en Liverpool.

Es, por tanto, la banda más longeva de rock, la que mayor influencia ha marcado en la evolución musical de esa cultura musical y la que más público ha vuelto loco en sus conciertos.

¿Cuál es el secreto de los Rolling Stones, qué les produce tanto éxito, permanencia, inmortalidad aun estando vivos?

La respuesta es un secreto a voces, es el agua tibia, es una verdad que está frente a las narices y los ojos y los oídos de todos: los Rolling Stones están en los cuernos de la luna simple y sencillamente porque nacieron, crecieron, se desarrollaron y nunca morirán porque forman una simple y llana banda de blues.

Porque el blues es la música madre, el gineceo magnífico, el principio ordenador de la música popular de todo el siglo XX.



The Rolling Stones

Del blues nació el jazz, no hay nadie que lo dude, pero muchos olvidan que el rock no existiría si Elvis Presley (Elvis Pelvis), Eric Clapton, Keith Richards, Mick Jagger y toda aquella legión de pioneros del rock no hubiesen crecido con discos de blues comprados con sus ahorros de adolescentes, cargados amorosamente bajo sus sobacos y escuchados a profusión, con denuedo tal que terminaron en jirones, discos y escuchas. Y luego fundaron lo que hoy conocemos como la cultura rock.

Si revisamos —releemos, porque volver a escuchar un disco predilecto es lo mismo que regresar a un libro muy querido— la amplia discografía de los Stones, confirmamos lo que es evidencia sempiterna: por encima de las baladitas pop, de las canciones pegadoras, pegajosas, aun las más punzocortantes, las piezas más profundas, emocional y artísticamente, de *Sus Satanísimas Majestades*, son aquéllas donde el blues, blúss, bluuusss, campea.

Elemental su música, de ahí su valor: dos guitarras, un bajo, batería, cantante. Suficiente.

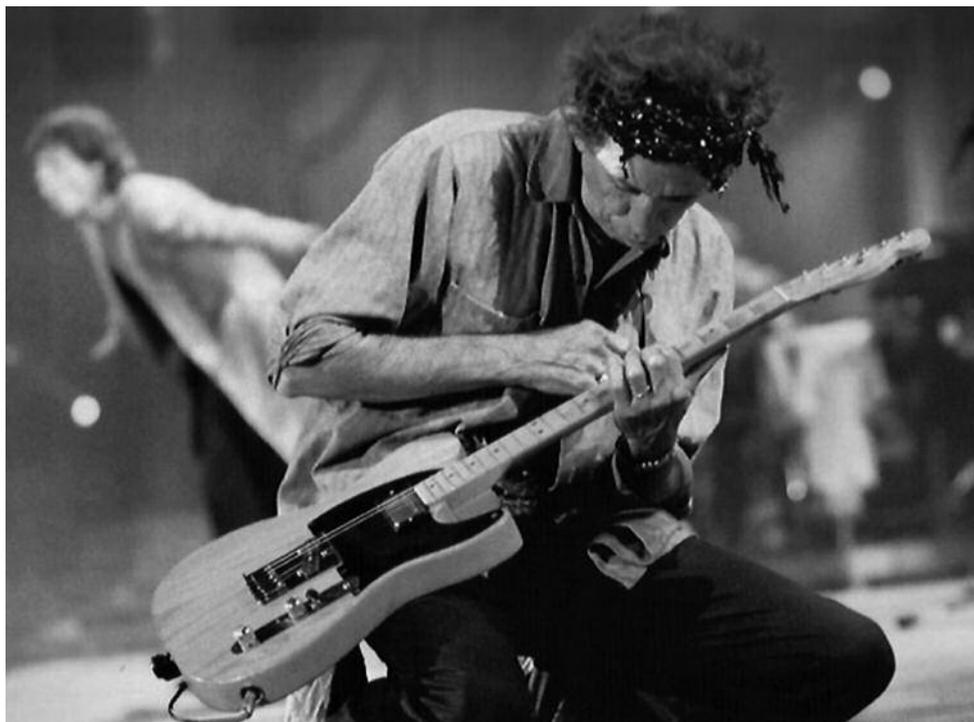
Cierto, con el tiempo añadieron una suprema sección de alientos-metales, un trío coral, teclados, efectos de hidráulica y pirotecnia, pero su esencia sigue inalterada: una banda al servicio del blues, que ama y goza el blues por encima de todas las cosas.

El blues tiene una raigambre popular impresionante. Las clases altas bien podrían mirar a los Stones con cierto esnobismo consumista mientras “la prole” los mira y escucha con fervor estremecido, sincero.

Y no es que establezcan una música de lucha de clases necesariamente. Lo que sí resulta contundente es la embravecida carga de crítica social, malestar en la cultura, anhelo idealista y deseos de mejorar el mundo.

No en balde Keith Richards, al igual que John Lennon, son los prototipos liberados del *working class hero* (título de una canción de Lennon) que pudieron haber acabado como personajes de alguna película de Ken Loach, ese cronista del sufrimiento de clase, la opresión social y la pobreza en el Reino Unido.

La raigambre del blues obedece entonces a su origen: nació de la esclavitud, del dominio de los poderosos sobre los débi-



Keith Richards

les, creció con la lucha de los individuos y representa eso: la capacidad personal de combate vital, en un proceso de sublimación artística que pocos observan, pero los síntomas son evidentes: embeleso, éxtasis, escape y al mismo tiempo concentración en la propia realidad: he ahí el blues.

¿Por qué no hay otra banda de blues como los Rolling Stones?

La pregunta es clave porque la respuesta exhibe la trascendencia de esta banda: la conjunción afortunada de elementos que los unen explican su magia, una serie de condiciones se cumplieron: los años sesenta del siglo pasado fueron definitivos en el cambio de conciencia, se parieron revoluciones como se tejieron sueños, se ampliaron perspectivas, se conquistaron muchos territorios.

Hay canciones de los Stones que funcionaron a manera de himnos de movimientos sociales importantes, sin que ellos se hayan manifestado como líderes o ideólogos de nada.

Para quienes la dulzura infinita de Los Beatles resultaba empalagosa, la acidez fortificante de los Stones era el vehículo ideal para la irreverencia, la bendita necedad, la insensatez como motor del cambio.

La contracultura. He ahí una muestra orgánica de la médula espinal de los Rolling Stones: en aquel sótano oscuro de la mansión donde pasaron días y noches de sexo,

drogas y rock los Stones y un ejército de técnicos, ingenieros, colados y *groupies*, llegaban también los poetas beatnik, los escritores del momento, los hacedores de aquella magna gesta contracultural que animó el medio siglo pasado.

Inmersos como estamos, a comienzos del siglo XXI, en la era del logo, el peso específico monumental que han ganado los Stones los colocan en la categoría de iconos: imágenes que valen por sí mismas y que, a diferencia de otros símbolos de consumo, su contenido sí corresponde al diseño de su logo.

Por cierto, entre los muchos malentendidos y leyendas urbanas tejidas alrededor de estos músicos británicos, figura una falsa atribución: la famosísima lengua roja sobre unos labios abultados no es obra de Andy Warhol, sino de un joven estudiante de diseño, John Pasche, quien la hizo sobre pedido de Mick Jagger: le dictó una variación de sus propios labios y lengua, idealizados con los de Kali, la diosa hindú.

La que sí es obra creada por Andy Warhol, también sobre pedido y pago puntual de Mick Jagger, es la portada del álbum *Sticky Fingers*: uno de los modelos preferidos de Warhol posó, cintura hacia abajo, con unos jeans tan entallados como evidente el promontorio encima de la bolsa de lantera derecha, lo que enfocó la censura mayor sobre los Stones y por lo tanto el cre-

cimiento de su fama. La funda interior es aún más evidente: el modelo ya sin pantalones. Y la famosa lengua, que funge hoy en día como el logo de los Stones, venía en la etiqueta central del disco, y en la edición remasterizada de las obras completas del grupo aparece por doquier.

Censura, motor de la fama repentina: la canción "Let's spend the night together" también torció muchos hígados. En el show televisivo de Ed Sullivan, por ejemplo, al percatarse los productores de la tormenta en ciernes, pidieron a los Stones cambiar a "Let's spend some time together", cosa a la cual accedieron los músicos pero no renunciaron a pronunciar ese verso disfrazado al mismo tiempo que hacían muecas, guiños, movimientos gestuales que hacían completamente provocativas dichas frases.

Pero la fuerza subversiva de los Stones no se reduce al logo. Esa capacidad de irreverencia, sexualidad salvaje, anhelo libertario, protesta y acción proviene de la naturaleza misma del blues.

Basta escuchar la *track* 4 de ese disco, *Sticky Fingers*, para comprobarlo: el *riff* inicial es un relámpago que parte la noche en mil pedazos; una obertura solemne para un ritual de frenesí. Y lo que sigue es una di-

sertación alalante de variaciones cromáticas y largos episodios donde el sax implota, el órgano nutre su incandescencia con solfas mugrosas y el todo se vuelve una vorágine de la que solamente podemos salvarnos merced al relámpago que vuelve a brillar en lo más profundo de la noche: la guitarra de Keith Richards.

Otra verdad a voces: el verdadero arquitecto, el artífice, el mago, el creador del sonido que hace inconfundible a The Rolling Stones, se llama Keith Richards.

Un fenómeno semejante, entre varios, sucede con el grupo irlandés U2: los reflectores apuntan hacia Paul David Hewson, mejor conocido como Bono, el cantante. Pero el creador del sonido que los enaltece se llama David Howell Evans, mejor conocido como The Edge.

En ambos casos la personalidad del líder concentra la atención. Solamente el escucha melómano percibe la verdad: U2 sería nada sin The Edge al igual que los Stones no existirían, ni hubieran resistido ya 50 años en el rocanrol, sin los prodigios de ese músico intuitivo, genial y siempre renovado: el maestro Keith Richards. Su amor por la música mantiene la flama ardiente.

Para muestra un botón: entre las varias versiones que han grabado, la contenida en el álbum *Get Yer Ya-Ya's Out* ofrece la película completa. Y digo película porque al escuchar "Love in vain" en la guitarra de Keith Richards, uno se mira, como en un sueño, una película, una teletransportación mental, en una estación de tren semioscura, en medio de la neblina, con una maleta en la mano, mientras hace su arribo el tren para llevarse a ella, a quien acabamos de mirar a los ojos, y parte el tren con ella a bordo y uno se siente "so sad and lonesome / and I could not help but cry / All my love's in vain" y entonces la guitarra de Keith Richards llora gentilmente, gime confundiendo sus guturaciones graves con el silbato cuasi metafísico del tren. Pone vida así, con dramaturgia que envidiaría Bob Wilson, a la letra de ese blues fundacional que escribió uno de los pioneros, patriarcas, fundadores del blues, el maestro Robert Johnson (1911-1938), sobre quien pesa la leyenda del Crossroads, magín también fundacional: en un cruce de caminos hizo un pacto con el diablo para tocar como dios el blues.

Eso, más famosos que Jesucristo, los Beatles, pero los Stones sienten "Sympathy for the Devil" (que almas contestatarias podríamos traducir como Simpatía por el Débil), esa otra canción-emblema nacida en la mente de Mick Jagger a partir de su lectura del libro *El maestro y Margarita*, de Mijail Bulgákov, obsequio de su novia Marianne Faithfull, quien en la grabación de esa pieza, que abre el disco *Beggars Banquet*, hace coro junto con Anita Pallenberg, la modelo alemana que se casará con Brian Jones, quien la maltratará tanto que ella huirá con Keith Richards, quien la desposará también, y procrearán.

Y esa pieza, "Sympathy for the Devil" dio soplo luciferino al título de su disco *Their Satanic Majesties Request*, parodia política de la leyenda inscrita en sus pasaportes británicos: "Her Britannic Majesty request and requires..." y por eso el mundo los nombró desde entonces, porque así ellos lo quisieron: Sus Satánicas Majestades y el español que hablamos en México posibilita una mejoría: Sus Satanísimas Majestades, con su muy tradicional apócope local: Susata.

Y en esa pieza, el pragmático Jagger, alumno de la London School of Econo-



Mick Jagger

mics, se permite una crítica al régimen de la revolución rusa, siguiendo a Bulgákov y alude también a la Segunda Guerra Mundial, y a la crisis de los misiles y al asesinato de John F. Kennedy y a otras improntas de la historia.

Todo eso dio origen al filme homónimo, *Sympathy for the Devil*, de Jean-Luc Godard, con su cine-verdad y sus reflexiones sociológicas, filosóficas, morales.

Y aquí es donde hacen su aparición los Black Panthers y los grandes ideólogos y escritores de enorme peso específico: LeRoi Jones, Eldrige Cleaver, y también la eclosión del Movimiento de Liberación Femenina, el Mayo parisino, el poder del lenguaje, la imaginación al poder, el nihilismo de Albert Camus y el ideal de la revolución en su esplendor: “la única manera de ser un intelectual revolucionario es dejar de ser un intelectual”.

Los Rolling Stones son revolucionarios porque no son intelectuales. Lo suyo es el blues.

En medio siglo de hacer música no han realizado ningún cambio dramático en su estilo, ninguna evolución sofisticada han desarrollado, no hay modificaciones sustanciales y sucesivas en sus haceres y decirs, como sí lo han hecho los demás, desde el crecimiento instrumental, uso de armonías y muchos recursos técnicos que hicieron The Beatles y otros grupos que han desarrollado el lenguaje del rock hacia niveles tan elevados como los máximos exponentes actuales: Radiohead.

Es curioso que salvo Mick Jagger, los Rolling Stones han escrito libros autobiográficos para decir su verdad, su versión de los hechos.

Bill Wyman publicó primero *Stone Alone*, y luego, con la ayuda del amanuense Richard Havers, un volumen tamaño enciclopedia titulado *Rolling with the Stones*.

Ron Wood publicó *Ronnie*, en 2007.

Keith Richards ofrece al mundo un testimonio conmovedor, valiente, impresionantemente honesto, un libro de quinientas veinticinco páginas titulado simple y poderosamente *Life* (en español, *Memorias*, asequible por Editorial Océano, al igual que el de Wyman), donde está la verdad desnuda, la respuesta al desencanto de Bill Wyman, quien inicia su libro lamentando



The Rolling Stones

que la mayor parte de los ríos de tinta que han corrido a propósito de ellos están llenos de invenciones.

La lectura del libro de Keith Richards, aleccionadora, abre los ojos de los escuchas y afina sus oídos. La mayor parte de los comentarios de muchos que han leído este libro se desvía hacia las anécdotas alrededor del consumo de drogas, pero en realidad el relato de Richards se enfoca, si observamos bien, hacia su amor inmenso por la música.

Un amor incondicional. Al punto tal que si tomamos el asunto de las drogas, vemos que lo hacía (pues hoy vive limpio de ellas, liberado, a sus sesenta y ocho años, mientras Wyman se queja de que a sus setenta y uno tiene que seguir trabajando para vivir) porque quería vivir más: para qué dormir, si hay drogas que te permiten estar consciente todas las horas del día, y así duraba hasta nueve días despierto, hasta desplomarse.

Y cuando dormía, soñaba con acordes, inventaba nuevas armonías, decidía cuántas cuerdas, en qué tonalidad, cuál la letra adecuada. Y así dio vida a los mejores éxitos de los Stones.

Habla de las mujeres, las *groupies* que desfilaron alrededor del grupo y así de-

rrumba mitos y leyendas, pues ellas, narra, “eran como enfermeras: si no queríamos, no nos daban sexo, nos daban cuidados, cariño, y yo me preguntaba por qué es que un simple guitarrista como yo merece tantas atenciones de parte de las mujeres”.

Con honestidad, se refiere a su querido amigo, compañero, hermano de batallas Mick Jagger como lo que es: un megalómano insaciable: “piensa que los demás le debemos rendir tributo y obedecerlo en todo, cree que los demás le pertenecemos”. Su verdad muestra, en resumidas cuentas, el amor a la música y a los músicos, porque Keith Richards gusta, como los demás Stones, de grabar discos solo, pero sabe que el trabajo en equipo es lo mejor en música, que ésa es la esencia de la música.

Sabe, y lo ha demostrado durante este medio siglo, que el blues es una expresión profunda del ser, escribe: “tienes que salir a la calle, vivir, y cuando alguien te parte el corazón estás listo para cantar el blues”.

Es por eso que las piedras siguen rodando. Este 2012 cumplen medio siglo de rodar.

¡Larga vida a los Rolling Stones, Sus Santánimas Majestades!

¡Nazca la belleza desde los sótanos oscuros! **U**